

LENTITUD, VENTUROSO PATRIMONIO MEXICANO

A mí me tocó residir cinco años enteros en medio de un pueblo que vive deleitosamente sumergido en la lentitud. Dudo que haya otra gente en el planeta que posea un sentido de la morosidad comparable al del pueblo mexicano. "Todo lo capital es lento": ésa es -me parece- la enseñanza más honda, más decantada, que se preocupa de impartir México. Una lección asiática (porque México es Asia), especialmente útil para nosotros, rioplatenses (es decir europeos putativos), ya que Europa no conoce hoy, ni conoció nunca, la intuición de la lentitud que lo asiático supo acuñar y sedimentar milenio tras milenio.

El mexicano, desde hace siglos, no hace ningún caso de los cambios rápidos, pues no cree que conduzcan a fines valederos. De ahí que, en lo más visceral de su persona, no tenga jamás apuro. Lo guía el convencimiento milenar de que la velocidad opera únicamente en el plano de las apariencias, compromete sólo a la ligera epidermis; pero que en el territorio de lo sustantivo, la que manda es, inapelable, la lentitud.

El "tempo" del universo -nos enseñan también los mexicanos- es lentísimo. Pero igualmente lo es el "tempo" de lo humano. Ellos ven a lo humano como permanencia, no como vértigo de mutación. Sienten al hombre invariable, o apenas cambiante. Entonces -piensan con parsimonia geológica- ¿qué objeto tendría apurarse? ¿Qué ganaríamos con insertar ninguna velocidad en la corriente de lo que acontece? Y así, el ayer lo llevan juntado con el hoy, y el hoy con el mañana.

Para los mexicanos, el trauma brutal de la Conquista es presente estricto. Mentira que haya ocurrido hace 500 años: lo sufren a cada minuto hoy mismo. Pero también saben que, contra todas las apariencias, ellos no han sido cambiados un ápice por los españoles. Están intactos, son los mismos de hace 30 mil años, cuando llegaron desde Asia a América trotando sobre el congelado estrecho de Behring, y saben que seguirán siendo los mismos de aquí a otros 30 mil años, cuando todo en el planeta haya variado menos ellos.

Por cierto, esta vivencia de lentitud definitiva está radicada en el inconsciente de los mexicanos, en su organización más escondida, que ellos mismos quizás no perciban con la luz de la conciencia. Pero si se los observa con la debida atención, se notará clarísimo que son seres sin velocidad. Ni siquiera enemigos de la velocidad: digo sin velocidad.

Por eso mismo, en estos momentos se está librando un combate terrible en el recinto interior del mexicano, que a mí me ha dejado con el alma en vilo. Porque en medio de la atemporalidad que es tan distintiva de México, ha entrado la modernidad como un ventarrón. La modernidad que es, primero, invento europeo, y después amplificación estadounidense. Es una cultura foránea al ser mexicano, pero que está tratando seriamente de copar su fondo: cultura, aquélla, del pulso vertiginoso, cultura que endiosa el dinero, la ganancia, el éxito; metas y valores unidos por un cordón umbilical al espíritu de la rapidez.

Y los mexicanos temen perder el ómnibus de la modernidad que vino a golpear a sus puertas, y se los ve empeñados en construir un México "moderno", es decir super-rápido. Y ahí están los lentísimos mexicanos

tratando de asimilarse los valores, los dioses y las mitologías de la velocidad.

Se comprende que, siendo así, no se sientan para nada cómodos, pues no acaban de amoldarse a las compulsiones de una condición que no es ostensiblemente la de ellos. No son animales compuestos para ninguna velocidad; pero tienen que apurarse si no quieren quedar marginados de esta cultura triunfante que hoy se disemina avasallando al mundo todo.

¿Quién ganará esta partida en el fuero interior del mexicano? ¿La velocidad, en la que hoy procuran enfundarse a toda costa? ¿o la lentitud porfiadísima, que es ingrediente principal de su entraña milenaria? Es lícito pensar, conociendo el paño, que para México la modernidad será como un sarampión, otro sarpullido volandero que podrá durarles un buen tiempo, pero que pasará. Terminarán fagocitándolo, como hicieron con la Conquista. Y en resumidas cuentas prevalecerá en ellos una vez más el hechizo de lo pausado, la hipnosis de lo lento, que les es tan natural.

Saben por instinto cósmico que el nacer es lento, que el amor es lento, que la gestación de la muerte es lenta, que la magia de la belleza es lenta. Saben que nada llega a ser lo que finalmente es, si no es mediante una laboriosa lentitud. En suma, conocen que toda rapidez es incidental y toda lentitud esencia. Y que vivir en la vertiginosidad es estafarse la hondura. Sabiduría decantada también lentísimamente, milenio tras milenio.

Pero no fueron sólo los mexicanos los que me impartieron lecciones de lentitud. También aprendí el valor de lo lento en mi trato con la mujer.

Se ha dicho con frecuencia, y es ya lugar común, que la mujer se halla mucho más cerca que el varón de los grandes ritmos de la existencia y está obligada a acatarlos. Sus ciclos lunares, el proceso de la gestación, la vinculan mucho más visceralmente a la mecánica natural, al juego de fuerzas elementales de lo viviente. El varón está como más suelto en el ámbito biológico, anda más desatado, no tiene vínculos tan acendrados con la dinámica oscura del cosmos.

La mujer superavanzada de este siglo XXI vertiginoso, menstrúa cada veintiocho días, igual que la mujer de la época neolítica, o que la egipcia de los faraones, o que la alta señora de los castillos medievales. Y la mujer japonesa del siglo I de nuestra era, necesitaba sus rigurosos nueve meses para tener el hijo, igual que la mujer hotentote o que la señora burguesa del Montevideo novecentista.

Y aquí no ha habido rapidezces ni aceleraciones que valgan: los grandes acontecimientos femeninos son regulares y sobre todo lentos, lentísimos. La biología femenina no se conmueve para nada con las velocidades que la modernidad mercantil y tecnológica le ha impuesto al vivir actual, y sigue apegadísima, ayer como hoy, a la lentitud milenaria de los ciclos de la existencia.

La preparación del nacimiento es lenta, veíamos recién. Pero no sólo del nacimiento humano: de todo nacimiento. O sea: nada de lo que aparece en el universo emerge en un abrir y cerrar de ojos. Ha habido antes una gestación lenta, por lo general invisible.

Y si no se ve clara la verdad de este aserto, piénsese en lo que se quiera. En una doctrina, en un invento técnico, en una moda, en un objeto de madera, en un plato de comida, en un jugador de fútbol, en un asesinato, en un cáncer, en la despedida de una murga: ninguna cosa, jamás, surge como un relámpago. Siempre hay detrás una gestación, una preparación, una causación, necesariamente lenta.

Los que se llenan tanto la boca con la vertiginosidad, debieran ser más cuidadosos y modestos, y aceptar lo que es una ley de hierro, que no tiene excepciones: toda velocidad, en cualquier orden, es la manifestación fulminante, espectacular y final, de una lentitud callada que la preparó y la lanzó hacia afuera.

Una civilización que se pliegue dócilmente -como parece ser la actual- a las exigencias de la velocidad librada a sus propios impulsos, es una civilización que se desconecta de las leyes fundamentales de ser, cuyos fondos son supremamente lentos.

Otra lentitud: los sentimientos. Ningún sentimiento de cierto calado aparece de modo súbito: supone también una gestación, un abonamiento, un alimento adecuado, un cultivo. Ya se trate de amistad, de amor hijo-madre, de erotismo, de arraigo en un lugar, de adhesión política, de un hobby.

Tampoco el placer sensual es rápido. Ninguno. Deleitarse con algo supone un tiempo de receptividad, de recorrido, de encantamiento, de crescendo del gozo. Y eso se consigue lenta, morosamente; nunca a las apuradas. Por las mismas razones, el sexo debe ser lento, y en lo posible lentísimo: apresurarlo, pudiendo demorarlo, se diría criminal.

Y el conocimiento, cualquier conocimiento, requiere lentitud, porque la adquisición de nuevos saberes implica fijación de datos y conceptos, asociar con toda una constelación de otros conocimientos conexos, sedimentación de lo adquirido, adiestramiento de su manejo mental. La rapidez tampoco aquí tiene cabida.

Y el arte no digamos: es lento, lentísimo. Para el que lo hace, es la lentitud misma: supone una formación honda, un aprendizaje de técnicas, una práctica prolongada. Hay obras que insumen años, porque se incuban con trabajo y hay que esperar que maduren, ya que apurarlas -meterlas en el molde de la velocidad- sería la manera más segura de troncharlas.

Mientras, para el receptor de arte -lector, espectador- el disfrute estético también requiere lentitud, porque hay que penetrar en el universo que el creador nos propone, y eso no es operación de rapidez sino de andadura pausada.

Si nos fijamos bien, las grandes desventuras de los tiempos presentes se inauguraron aquel día lejano e infausto en que la modernidad cortó por lo sano; fue, como en todo, expeditiva. Dijo: "Acá nada vale nada. Valer no importa; importa tener". Y desde entonces cuenta más el que más tiene, no el que más vale. Tal fue la revolucionaria innovación, el portentoso giro que dio el hombre en los últimos cinco siglos, y que implica un tajante cambio de pulso: porque valer es del dominio de la lentitud; tener de la rapidez.

De ahí que, en una civilización que coloca por encima de todo el tener, es inevitable que triunfe el más rápido. Y es así que toda la vida social y cultural se organiza hoy en torno a la sacrosanta velocidad, madre ubérrima del mucho tener y el mucho acopiar.

Pero además resulta que el hombre, como todos los organismos vivos, posee un punto óptimo de funcionamiento, un ritmo ideal de marcha. Y es un ritmo que no puede transgredirse. Se halla dotado para asimilar y procesar una cierta corriente de vivencias en un tiempo dado, y no más. Acepta una determinada cantidad de cambios, pero no un número mayor. Se adapta a ciertos márgenes de velocidad de acción, pero ahí también tiene un tope.

Lo que ocurre hoy es que el mundo que nos hemos dado; este mundo de la llamada "época moderna" (siglos XVI a XIX, con su punto de exasperación en el XX), está hecho de tal manera -lo hemos hecho de tal manera- que los rodajes humanos se ven obligados a funcionar mucho más allá de sus topes normales en todos los órdenes. Y sucede que al hombre no le resulta constitutivamente fácil vivir imitando el estilo de una motocicleta japonesa.

La modernidad se basa en la competencia más cruda, una competencia que no admite cuartel, y que se presenta cada vez más enconada en todos los campos del vivir humano. Esa canibalización del otro -centro y nervio de la actuación "moderna"- exige las más altas tensiones y velocidad suma, rapidez de actos y de reflejos.

Pero resulta que el psiquismo humano no soporta semejante crispación de autoexigencia. Ni su sistema nervioso, ni su sistema circulatorio, ni el endocrinológico, ni sus mecanismos orgánicos todos; y menos su funcionamiento psíquico. Dicho de otro modo: el vivir de la modernidad mercantil se ha vuelto literalmente in-humano, o mejor anti-humano, no apto para lo que el hombre puede y es. (Algunos pretenden que el hombre logrará adaptar su funcionamiento a estas nuevas exigencias: ni está probado ni se sabe a qué precio).

Yo quiero declarar mi ruptura radical con ese espíritu de la modernidad mercantil y tecnológica (no, por cierto, con una tecnología que sirva al hombre), hoy en aparente apogeo, pero que a mí me parece enfermo y desesperado. Tengo el orgullo de declarar que me rehúso terminantemente a ser "moderno" de esa manera: lo que equivale a proclamar que me niego a

ser rápido, a ser racional, a ser eficiente, a ser práctico, a ser competitivo, a ser ganador de dinero o de posiciones.

Tampoco acepto el universo-máquina ni los sentimientos-máquina. Bien está la máquina, pero en su sitio; como la razón en su sitio, la ciencia en su sitio, el espíritu positivo en su sitio, el pragmatismo en el suyo. La "modernidad" los forzó a salirse de madre, a invadir territorios que no les eran propios, y así nació el cambalache de ópticas y valores en que hoy chapaleamos, arrasados por una velocidad tecnológica que pretende hacer de nosotros lo que no somos.

Yo no creo -entiéndase bien- que el hombre tenga que cerrarse a los cambios y mutaciones que se están produciendo, especialmente en el ámbito tecnológico. Pero sí pienso que el hombre del siglo XXI tendrá que aprender a ponerles rienda a esos cambios y velocidades, para someterlos a las lentitudes de fondo que presiden el ser del hombre y de las cosas.

Tampoco creo que el universo sea mudo, como las máquinas, ni que esté imposibilitado de comunicarse con nosotros los hombres. Yo siento que el universo habla, y muchas veces canta. "Me" habla y "me" canta. Y yo le entiendo ese hablar y ese cantar, que me contagia de la potencia, el júbilo y la plenitud que emanan de un mundo vivo y comunicante. Lo escucho y él me escucha. No me siento mudo, frígidamente aislado en un orden frígido y maquinal, mudo también. Estoy comunicado, estoy "en lenguaje" con todas las cosas.

En fin, quiero proyectarme hacia una edad futura en donde hasta el más pequeño de los hombres sepa que el mundo está poblado de comunicaciones (y por lo tanto de lentitudes), que todas las cosas son mensajeros, que todos los actos encierran envíos.

Pobrecito el hombre de esta "modernidad", que es tan sordo y tan veloz. Mi propósito es contrario: yo no paro, lentísimamente, de escuchar las lentísimas músicas que provienen de todo lo que se va haciendo con parsimonia sabia y majestuosa.

Tal vez deba estas enseñanzas a haber vivido -y abrevado- en México, venturoso reino de las lentitudes primordiales.